

mientos crueles forman el estado fixo y permanente de la vida pecaminosa.

Sermon para el día de Santa Inés. Tom. VII.

QUáles son las ocasiones que nos engañan? ¿Son acaso los desgraciados talentos y las gracias de la hermosura con que nos ha adornado la naturaleza? Pues esto mismo debiera servir de hacer mas atentos nuestros cuidados: ¿pueden servirnos de excusa los beneficios del Criador, quando nos volvemos contra él? ¿Solamente ha de ser a proposito para servir à Dios lo que el mundo desprecia? Además de que, ¿no añadimos nosotros à las gracias de la naturaleza un artificio peligroso, que las hace funestas para los demás y para nosotros mismos? ¿No hay algunas personas que procuran asegurar el buen éxito de sus deplorables atractivos, con unos cuidados que ya son en ellas delitos, aun antes de servir de motivo de ruina à sus próximos? ¿No suplimos aquellas gracias que nos ha negado la naturaleza, con unos ademanes que introducen con mas seguridad el veneno en los corazones, que todas las gracias de una hermosura casta y pudica? ¿No sacamos, como por fuerza, con infames provocaciones, culpables deseos de algunas personas, que sin esto apenas nos hubieran mirado con indiferencia?

DE

DE LA AMISTAD.

*Sermon para el Viernes despues de Ceniza. Tom. III.
fol. 90.*

LOS tres mas comunes principios que unen à los hombres entre sí, y que forman todas las conexiones y amistades son el gusto, la codicia y la vanidad: el gusto; seguimos cierta inclinacion de la naturaleza, que haciendonos hallar en algunas personas mas semejanza con nuestras inclinaciones, y aun acaso mas condescendencia con nuestros defectos, nos une à ellas y hace que hallemos en su compañía un gusto que se muda en fastidio para con todos los demás hombres: la codicia; buscamos amigos útiles: éstos son dignos de nuestra amistad, luego que los contemplamos necesarios à nuestros placeres ò à nuestra fortuna: el interés es un grande atractivo para la mayor parte de los corazones: los títulos que nos hacen poderosos, se convierten muy presto en prendas que nos hacen parecer amables; y nunca faltan amigos al que puede pagar la amistad de los que le aman.

La vanidad: siempre amamos mucho à aquellos amigos que nos honran: con amarlos parece que participamos de la distincion que ellos gozan en el mundo: procuramos, por decirlo así, adornarnos con su reputacion; y no pudiendo llegar à su mérito, nos honramos con su compañía, para que piense el mundo que hay poca distancia entre ellos y nosotros, y que solamente amamos à nuestros semejantes.

Ora-

*Oracion fúnebre del Príncipe de Conty. Tom. VIII.
fol. 84. y 85.*

HAY algunos Grandes, que siendo afables y humanos con un corto número de amigos, con los demás hombres siempre están dando muestras de la vanidad de su clase, y de las altanerías de su genio; y que reduciendo sus prendas estimables à un comercio privado, guardan sus defectos para el público.

Los Príncipes y Grandes regularmente no conocen el placer de la amistad, ni saben gozar del deleyte de ser amados: es muy poca la estimacion que hacen de los hombres para que los mueva su amistad: no conocen bien el precio de los corazones: como están acostumbrados à la adulacion, son insensibles al verdadero afecto. Su elevacion, ò los hace inaccesibles à los demás hombres, ò que los miran con desprecio: confunden el respeto debido à su clase, con la amistad que solamente es debida à su persona: más cuidan de grangearse respetos, que de ganar corazones: aunque saben hacerse amar, ellos nunca aman de veras.

*Oracion fúnebre de Mons. de Villeroy. Tom. VIII.
fol. 49.*

A Los Grandes nunca les faltan aduladores; pero siempre suelen faltarles amigos: como ellos no aman sino à su fortuna, tampoco los demás aman en ellos sino à ésta: la amistad, aquel suave consuelo de todos los pesares de la vida, aquel amoroso lazo de la sociedad, aquel único placer del corazon, es para ellos un vínculo molesto, y un placer que no tiene atractivos; y asi, como ellos viven para sí solos, los demás solamente los aman por su propia utilidad.

Ora-

*Oracion fúnebre de Madama la Duquesa de Orleans.
Tom. VIII. fol. 189.*

LA amistad es el único placer de que casi la mayor parte de los Grandes se precia de estar privados: persuadidos à que los hombres se lo deben todo, creen ellos que nada les deben, y que con sufrirlos dexan bastantemente pagados sus servicios: la amistad mas sincera, y consiguientemente menos vil y menos alhagueña que la adulacion, les parece un respeto árido y seco: la aficion y confianza que suelen manifestar à algunas personas, no es mas que un gusto pasajero, que les molesta y enfada inmediatamente, y del que procuran desembarazarse, como de una cosa fastidiosa; y asi viven solos luego que viven sin amigos, no obstante la multitud que los rodea: sus vicios forman aduladores, y sus beneficios ingratos; y aun sus mismas virtudes forman censores injustos: los demás bienes los debemos à la fortuna, ò al nacimiento; pero el placer de la amistad, solamente nos le debemos à nosotros mismos.

DE LA INCREDULIDAD.

*Sermon para el dia de todos Santos. Tom. I.
fol. 19.*

EL vivir sin Dios, sin culto, sin ley, y sin esperanza: el creer, que tanto los mas abominables delitos, como las mas puras virtudes no son mas que nombres: el mirar à todos los hombres como à aquellas figuras viles y despreciables, à quienes se hace hablar y moverse en un teatro cómico, y que solamente están destinadas à servir de diversion à los concurrentes: el mirarse uno à sí mismo como obra

Tomo XI.

V

de

de la casualidad y posesion eterna de la nada; todos estos pensamientos tienen en sí no sé qué sombra y qué espanto, que no los puede mirar el alma sin horrorizarse; y es indubitable que la incredulidad mas es desesperación del pecador, que alivio del pecado.

*Sermon para el Jueves despues de Ceniza. Tom. III.
fol. 74.*

EL incrédulo es un hombre sin buenas costumbres, sin rectitud, y sin carácter determinado: que no tiene mas regla que sus pasiones, mas ley que sus injustas inclinaciones, mas dueño que sus deseos, mas freno que el miedo à la pública autoridad, ni mas Dios que à sí mismo: es un hijo desnaturalizado, pues se persuade à que solamente la casualidad le dió padres: es amigo infiel, pues mira à los hombres como tristes frutos de un conjunto casual y fortuito, à los que solamente está unido con unos lazos perecederos: es un amo cruel, pues está persuadido à que el mas fuerte y mas feliz, es siempre el que tiene razón: para él son lo mismo los mas horrorosos delitos, que las mas puras virtudes, pues una aniquilacion eterna ha de igualar muy presto al justo y al impío, y los ha de confundir para siempre en los horrores del sepulcro.

Paráphrasis del Psalm. XXV. Tom. IX. fol. 266.

EL mundo está lleno de unos hombres insensatos, que miran como sospechoso todo lo que no pueden comprehender: éstos se forman en su interior un tribunal impío, al que apelan de la autoridad del mismo Dios: se forman en medio del mundo una funesta sociedad en donde vomitan en secreto todas sus blasfemias: no hay cosa sagrada para sus impuras lenguas:

guas: el respetable yugo de la fé les parece una servidumbre pueril, que se ha impuesto la flaqueza y supersticion del linage humano. Ellos solos quieren ser árbitros de su religion y de sus obligaciones, como de su destino: son unos hombres dignos de la execucion del Universo; y con todo eso muchas veces los vemos honrados como sábios è ingénios sublimes: son unos espíritus débiles y extravagantes, que juzgan hallar mas fundamento y solidéz en las tinieblas, y en los incomprehensibles abismos de la impiedad, que en las verdades de la fé.

*Sermon para el Martes de la IV. Semana de Quaresma.
Tom. V. fol. 166.*

NO es la poca certidumbre que hallamos en la religion la que nos hace inferir que es necesario entregarnos à los placeres: sino que este mismo abandonarnos à los placeres, nos precipita en la incertidumbre acerca de la religion. La fé no nos es sospechosa, sino quando empieza à sernos incómoda; y hasta ahora la incredulidad no ha hecho sensuales; pero la sensualidad ha producido casi todos los incrédulos.

Paráphrasis del Psalm. XXV. Tom. IX. fol. 167.

¿ **P**uede haber cosa mas increíble que el persuadirse à que, ò sola la casualidad ha producido toda la estirpe de los hombres en la tierra, y que la estructura tan admirable del cuerpo no debe su disposicion mas que à un conjunto fortuito è indeterminado de la materia; ò que si el mismo Dios los sacó de la nada, los ha puesto en este mundo como unas obras despreciables, sin querer cuidar de lo que les pertenece, dexandolos andar en la tierra sin destino,

sin ley , y sin esperanza ; guiados únicamente por el ímpetu de sus pasiones , y sin tener mas freno , como los brutos irracionales , que un brutal instinto , y la entera libertad de satisfacerlas , quando no hallan obstáculos para ello ?

*Sermon para el Martes de la IV. Semana de Quaresma.
Tom. V. fol. 167.*

NO hay cosa de mayor abatimiento para la incredulidad que examinarla en su origen : aunque se atribuye falsamente los nombres de ciencia y de luz , en la realidad es hija de la culpa , y de las tinieblas : no es la fuerza de la razon quien ha llevado à este estado à los falsos incrédulos , sino la flaqueza de un corazon depravado , que no ha podido vencer sus mas infames inclinaciones : una falta de valor , que no pudiendo sufrir ni mirar con tranquilidad los terrores y amenazas de la religion , procura deslumbrarse , diciendo continuamente , que éstos son unos pueriles temores : el incrédulo es como un hombre que tiene miedo à la noche , y que canta quando camina solo por entre las tinieblas para animarse : el desorden siempre nos hace cobardes y tímidos ; y el excesivo temor à las penas eternas , es el que hace que un libertino nos predique , y nos cante continuamente que son dudosas : tiembla , y quiere asegurarse contra sí mismo : no puede sufrir à un mismo tiempo la vista de sus delitos , y la del suplicio que por ellos le espera : es un cobarde , que oculta su miedo con una falsa ostentacion de valor.

*Sermon para el Lunes de la I. Semana de Quaresma.
Tom. III. fol. 154.*

EL impío nació con aquellos principios de religion natural , comunes à todos los hombres : halló escrita en su corazon una ley , que prohibia la violencia , la injusticia , la perfidia , y todo quanto es malo para nosotros mismos : la educacion fortificó estas impresiones de la naturaleza : le enseñaron à conocer à un Dios , à amarle , y à temerle : le manifestaron la virtud en las reglas , y se la hicieron amable con los exemplos ; y aunque hallaban en sí algunas inclinaciones opuestas à la obligacion , si le sucedia dexarse arrastrar de ellas , su corazon interiormente se ponía de parte de la virtud contra su propia flaqueza : de este modo vivia al principio el impío en la tierra : adoró , como todos los demás hombres , à un Sér supremo , respetó sus leyes , temió sus castigos , y esperó en sus promesas : ¿ pues de qué proviene que ahora no conozca à Dios , que le parezcan sus delitos una política humana , el infierno una preocupacion , la eternidad una quimera , y el alma un aliento que se deshace con el cuerpo ? ¿ Por qué grados ha llegado à estos conocimientos tan nuevos y extraordinarios ? Segun se han ido corrompiendo sus costumbres , le han ido pareciendo sospechosas las reglas : segun se ha ido pervirtiendo su corazon , ha procurado persuadirse que el hombre era semejante à las bestias.

*Sermon para el Martes de la IV. Semana de Quaresma.
Tom. V. fol. 169.*

NOS suele pesar el haber nacido con una conciencia demasiado flaca y tímida ; embidiamos la suerte de aquellos que parecen firmes è inalterables en la im-

impiedad; los que acaso al mismo tiempo, entregados tambien interiormente à los mas tristes remordimientos, y haciendo obstentacion de una firmeza que no tienen, miran nuestra suerte con embidia, porque juzgando de nosotros solamente por los discursos libertinos que nos oyen, nos tienen por lo que ellos mismos parecen à nuestra vista; esto es, por lo que no somos, y por lo que tanto ellos como nosotros quisieramos ser.

Sermon para el dia de la Natividad de nuestro Señor Jesu-Christo. Tom. I. fol. 237.

Tolvía hay entre nosotros algunos hombres que tienen formada de la divinidad una idea casi tan falsa y tan vana como la que formaron en otro tiempo los Filósofos Paganos: que no cuentan con ella en los sucesos de la vida: que viven como si la casualidad, ò el capricho de los hombres decidiera de todas las cosas de la tierra; y que no conocen mas divinidades que la felicidad, ò la desgracia, como si éstas fueran las que gobernasen el mundo, y presidieran à quanto en él sucede: unos hombres, que lexos de adorar los secretos de la eternidad en los profundos è impenetrables arcanos de la providencia, van à averiguarlos en unas predicciones ridículas y pueriles: que atribuyen al hombre una ciencia que Dios ha reservado para sí solo: que fundan neciamente en los sueños de un falso Profeta, las esperanzas de los sucesos y revoluciones que han de decidir de la suerte de los pueblos, y de los Imperios: que fundan en ellos unas vanas esperanzas para sí mismos; y que renuevan, ò la extravagancia de los Agoreros y Aruspices, ò la impiedad de la Phitonisa de Saúl, y los Oráculos de Delphos, y de Dodona.

Ser-

Sermon para el Martes de la IV. Semana de Quaresma. Tom. V. fol. 168.

Es necesario llamar à la incredulidad en socorro de las pasiones: éstas son demasiado débiles para poderse mantener por sí solas: nuestro entendimiento, nuestros pensamientos, nuestra conciencia, todo las impugna dentro de nosotros: es, pues, necesario buscarlas apoyo, y defenderlas contra nosotros mismos: no quisieramos que unas pasiones que tanto amamos, fuesen pecaminosas, ni tener que estar defendiendo continuamente los intereses de sus placeres contra los de la conciencia: quisieramos gozar tranquilamente de sus delitos, y librarnos de un censor importuno, que siempre se pone à favor de la virtud contra nosotros mismos: no gozamos perfectamente de las pasiones, mientras que los remordimientos nos disputan su placer: muy caro cuesta el delito, quando se compra à costa del sosiego que en él se busca: es necesario ò poner fin à los desórdenes, ò procurar vivir con tranquilidad en ellos; y como el abandonarlos nos costaría mucho trabajo, y por otra parte no podemos vivir tranquilos, sino dudando de las verdades que nos asustan, nos las proponemos como dudosas; y para conseguir el vivir tranquilos, procuramos persuadirnos que somos incrédulos; esto es, el mayor esfuerzo del desorden consiste en hacernos desear la incredulidad.

Oracion fúnebre del Serenísimo Delphin. Tom. VIII. fol. 137.

Todos los dias estamos viendo algunos hombres, que siendo demasiado flacos para servir à Dios, creen parecer fuertes, dando à entender que no le

co-

conocen : unos hombres que no saben de la ciencia de la fé mas que las blasfemias que la impugnan : que antes aprendieron à ser incrédulos , que fieles : que solamente son impíos por vanidad ; y que muchas veces inspiran à otros la incredulidad que no acaban de conseguir ellos mismos.

Paráphrasis del Psalm. IX. Tom. IX. fol. 65.

EL impío procura persuadirse que no hay Dios, para vivir tranquilo en las disoluciones que él mismo conoce no pueden quedar sin castigo, si es que hay un vengador del vicio, superior à nosotros : su conciencia y su razon se oponen interiormente à esta impiedad : no pueden contener los gritos de la naturaleza que continuamente está reclamando su Autor; pero mira estos gritos como preocupaciones de la niñez, y como reliquias de los vanos temores que introduxo en su alma la educacion, mas bien que la naturaleza : la culpa no tiene mas arbitrio acá en la tierra: es necesario sacudir absolutamente el yugo de la religion, quando se quiere sacudir sin remordimientos el de la virtud, el pudor y la inocencia, y gozar tranquilamente el fruto de los delitos : la religion es incompatible con una vida disoluta : sus amenazas emponzoñan todos los pecaminosos placeres : es necesario, ò abandonar éstos, ò sufrir continuamente los remordimientos y sustos que nos inquietan y despedazan : la eleccion es fácil : no creyendo nada, viviremos tranquilos en la culpa.

*Sermon para el Martes de la IV. Semana de Quaresma.
Tom. V. fol. 184.*

¿ **E**N qué consiste que los falsos incrédulos desean tanto hallar impíos verdaderos, firmes è intrepidos en la impiedad? ¿ Por qué los buscan, y los traen

traen hasta de los países extrangeros, como á un Espinosa, á quien se traxo á Francia para consultarle, y oírle? Consiste en que nuestros incrédulos no están firmes en la impiedad, ni hallan quien lo esté; y para asegurarse quisieran encontrar alguno que les pareciese estar verdaderamente firme en este funesto partido: buscan en la autoridad remedio, y defensa contra su propia conciencia; y no atreviendose ellos solos á ser impíos, esperan del exemplo ageno lo que su razon, y su mismo corazon los niega; y de este modo caen en una credulidad mucho mas pueril, y ridícula que la que ellos motejan en los fieles: un Espinosa, aquel monstruo, que despues de haber abrazado diferentes Religiones, vino á parar en no tener ninguna, no procuraba buscar impíos declarados que le confirmasen en el partido de la irreligion, y del atheismo: él mismo se habia formado aquel cahos impenetrable de impiedad, aquella obra de confusion, y de tinieblas, en la que solamente el deseo de no creer en Dios puede dar gusto para leerla: en la que fuera de la impiedad, nada hay inteligible; y que para verguenza de los hombres hubiera caído en un eterno olvido, y no hubiera hallado jamás quien la leyese, sino hubiera impugnado al Sér supremo: este impío, vuelvo á decir, vivia oculto, retirado, y tranquilo: su única ocupacion era componer producciones de tinieblas; y para vivir seguro, no necesitaba mas que de sí mismo: pero los que le buscaban con tanta ansia, que querian verle, oírle, y consultarle, eran unos necios que deseaban ser impíos; y no hallando en el testimonio de todos los siglos bastante autoridad para permanecer fieles, buscaban en el testimonio de un solo hombre desconocido, y apóstata de todas las Religiones, una autoridad que los confirmase en la impiedad, y que los defendiese contra su propia conciencia.

*Sermon para el Jueves despues de Ceniza. Tom. III.
fol. 78.*

Vemos algunas personas , aun entre las de aquel sexo en que la ignorancia acerca de ciertos puntos debe ser su mayor mérito ; en el que la política , y la buena crianza piden , que aun quando sepan , afecten ignorar : unas personas que no saben de la Religion lo que necesitan saber para arreglar sus costumbres , que con todo eso se precian de eruditas , temen creer demasiado , dudan de todo , sin dudar de su miseria , y de los visibles desordenes de su vida.

Para un hombre vano , y entregado al desorden sería muy corto remedio el decirse interiormente á sí mismo : Yo todavía me hallo demasiado flaco , y muy entregado á los placeres para salir de ellos. Este pretexto dexaria en él todos sus remordimientos : mas fácil le es decirse : Es inutil el vivir mejor , porque nada me espera despues de esta vida : este pretexto es mucho mas cómodo , porque pone fin á todo : nos dexa en un estado de inaccion , que nos impide examinarnos á nosotros mismos , y hacer reflexiones tristes acerca de nuestras pasiones : tenemos pocos remordimientos , porque nos suponemos incrédulos ; y esta suposicion dexa en nosotros casi la misma seguridad que la impiedad verdadera ; á lo menos , es una diversion que suspende , y embota la sensibilidad de la conciencia ; y haciendo que nos tengamos por lo que no somos , hace que vivamos como si en la realidad fuéramos lo que deseamos ser : es una especie de neutralidad que guardamos entre la fee , y la irreligion , á la que se acomoda nuestra indiferencia ; porque para seguir uno de los dos partidos se necesita de accion ; y para permanecer neutrales nada mas hay que hacer que no pensar , y vivir por costum-

bre:

bre : la impiedad constante , y declarada tiene no sé qué cosa que horroriza : por otra parte la Religion nos ofrece unos objetos , que asustan , y que no se acomodan con las pasiones ; ¿ pues qué se ha de hacer entre estos dos extremos , que el uno se opone á la razon , y el otro á los sentidos ? Permanecer indecisos , y sin resolverse ; y de este modo , esperando , se goza de la calma en que nos dexa este estado de indiferencia : vivimos sin querer saber lo que somos , porque nos acomoda mas el no ser nada , y el vivir sin pensar , ni conocer.

*Sermon para el dia de la Natividad de nuestro Señor
Jesu-Christo. Tom. I. fol. 237.*

Vemos algunos hombres que siempre les parecen plausibles y convincentes aun las mas débiles , y necias razones que la incredulidad opone á la fee : que se estremecen con la mas leve duda que propone el impío : que parece se alegrarian de que la Religion fuese falsa ; y que hacen menos caso del respetable peso de las pruebas que confunden á la vana razon , y que confirman la verdad , que de un vano discurso que la impugna , el que nada tiene de grave mas que el atrevimiento de la impiedad , y de la blasfemia : unos hombres que dexan para el Pueblo la creencia de tantos hechos maravillosos como nos ha conservado la historia de la Religion : que parece creen que todo quanto excede al entendimiento del hombre , excede tambien al poder de Dios ; y que niegan los milagros á una Religion que se funda en ellos ; y ella misma es el mayor de todos los milagros.

Los incrédulos ostentan un falso valor , y quieren parecer lo que no son : continuamente se están preciando de que nada creen ; y tanto lo ponderan , que

X 2

lle-

llegan á persuadirselo á sí mismos : son semejantes á ciertos hombres que vemos entre nosotros, los que estando todavia inmediatos á la obscuridad y baja-za de sus antepasados , quieren con todo eso persua-dirnos que son de ilustre nacimiento , y que descien-den de las mas distinguidas familias ; y tanto lo re-piten , tanto lo aseguran , y tanto lo publican , que llegan á persuadirselo á sí mismos : lo mismo suce-de con nuestros falsos incrédulos : aún están tocan-do , por decirlo así , la fee que recibieron al tiempo de nacer , que circula por sus venas con su sangre, y que no se ha borrado de sus corazones ; pero la miran como una especie de vileza é infamia , de que se avergüenzan : tantas veces repiten que nada creen, tanto lo aseguran , y tanto lo ponderan , que ellos mismos llegan á creerlo : forman de sí una alta idea; porque esta deplorable profesion de la incredulidad, supone un talento nada comun , fortaleza y superio-ridad de ánimo , y una singularidad que agrada , y lisongea : han oído decir , que algunos hombres gran-des , y muy estimados en su siglo nada creían , y se precian de estos grandes exemplares : les parece cosa gloriosa el no creer nada , al contemplar estos ilustres modelos : continuamente tienen sus nombres en la boca : se visten de este falso adorno , el que mas es efecto de una vanidad irrisible , y de flaqueza de ánimo , que de la incredulidad ; pues no hay cosa mas vil ni despreciable , que parecer uno lo que no es, y representar un personage fingido.

Sermon para el Jueves despues de Ceniza. Tom. III.

fol. 77.

Puede suceder que la incredulidad declarada sea un vicio raro entre nosotros ; pero tambien es cierto que no es menos rara la fee sencilla : no du-
da.

damos acerca de la realidad de los misterios ; pero obedecemos como Philosophos , imponiendonos noso-tros mismos el yugo : nos horrorizaria el apartarnos de la creencia de nuestros Padres ; pero queremos exa-minar su buena fee : nuestro siglo , con especialidad, está lleno de estos medio fieles , que con pretexto de separar de la Religion lo que puede haber introduci-do en ella la credulidad , ó la preocupacion , quitan á la fee todo el mérito de la sumision.
Sermon para el Martes de la IV. Semana de Quaresma. Tom. V. fol. 187.

Muchas veces la compañía de los libertinos es causa de que nosotros hablemos el idioma de la impiedad : queremos parecernos á aquellos á quie-nos nos unen los placeres , y los desordenes : juzga-mos que sería cosa vergonzosa el ser disolutos , y dar al mismo tiempo muestras de fieles en presencia de los testigos , y cómplices de nuestros desordenes: un hombre entregado á los excesos , y que con todo eso cree , es mirado como cobarde : para que el des-orden sea agradable , es necesario añadirle la impié-dad , y el libertinage : lo contrario sería manifestarse como novicio en los excesos ; y estas reliquias de Religion se miran como propias de los niños que todavia ván á la escuela.

Sermon para el Jueves despues de Ceniza. Tom. III.

fol. 78.

LOS mas augustos misterios de la Religion se han convertido en asunto de las conversaciones mundanas : en el mundo se habla de todo , y todo se decide con la mayor libertad : unos hombres va-nos , de un entendimiento muy superficial , que no tien-
nen

nen mas ciencia de la Religion que algo mas de temeridad que los ignorantes, y el Pueblo: que no oponen mas razones que unas dudas vulgares, muchas veces repetidas, que aunque las han aprendido, nunca han tenido talento para formarlas: unas dudas que han sido aclaradas tantas veces, y que solo parece que subsisten para honra de la verdad: unos hombres, que entregados á unas costumbres distraídas, jamás han empleado una hora de atencion séria en las verdades de la Religion, cortan, y deciden en unos puntos, que apenas bastaria para aclararlos una vida entera, empleada toda en el estudio.

*Sermon para el Martes de la IV. Semana de Quaresma.
Tom. V. fol. 177.*

SI la Religion no propusiera mas que aquellos misterios que exceden la fuerza de la razon, sin añadir máximas, y verdades que se oponen á las pasiones, desde luego me atrevo á asegurar que serian muy raros los incrédulos: casi nadie hace caso de aquellas verdades, ó de aquellos errores abstractos, que es indiferente al amor proprio negarlos, ó concederlos: se hallan pocos hombres tan apasionados de la verdad, que sean partidarios y defensores zelosos de ciertos puntos puramente especulativos, y que no dicen relacion á otras cosas, solamente porque los juzgan verdaderos. Las verdades abstractas de las Mathematicas han hallado en nuestros dias algunos Sectarios zelosos y apreciables, que se han dedicado á examinar lo mas incomprehensible que hay en los infinitos secretos, y en los profundos abismos de esta ciencia; pero éstos han sido unos hombres raros, y únicos: en este punto no habia que temer el contagio; y asi se ha estendido muy poco: todos los admiran; pero nadie quiere tomarse el trabajo de imi-

imitarlos: si la Religion no propusiera mas que unas verdades tan abstractas, tan indiferentes á la felicidad de los sentidos, y de tan corto interés para las pasiones, y para el amor proprio, aún serian mas raros los impíos que los Mathematicos: el oponernos á las verdades de la Religion es porque nos amenazan; y el no oponernos á las otras, consiste en que su verdad ó falsedad no nos interesa.

Si examinamos atentamente la mayor parte de estos hombres que se precian de incrédulos, y que continuamente están clamando contra las preocupaciones populares, hallaremos que toda su ciencia se reduce á unas dudas antiguas y vulgares que se han propuesto en todos tiempos, y que aún se proponen todos los dias en el mundo, que no saben mas que una relacion estudiada, que pasa de unos en otros, la que reciben sin examinarla, y la repiten sin entenderla: hallaremos que toda su capacidad se reduce á ciertos discursos libertinos, que andan por los corrillos, si es lícito decirlo así; á ciertas máximas ya impugnadas, y tantas veces repetidas, que ya pasan por proverbios: los que hablan de este modo son unos hombres abandonados á los placeres, y que les pesaria mucho el tener un rato desocupado para examinar unas verdades que les importa muy poco conocer: unos hombres de un entendimiento corto y superficial, incapaces de atencion ni de examen, y que no pueden vivir ni un instante con seriedad, con moderación, con tranquilidad, y con sosiego: no saben mas idioma que el de las dudas que han aprendido; ellos son incapaces de formarlas; y asi no hacen mas que repetir lo que han oído, lo qual se reduce á una tradicion de impiedad y de ignorancia; y asi, éstos verdaderamente no dudan: lo que hacen es conservar á la posteridad el idioma de la irreligion y de las dudas: no son incrédulos, sino ecos de

de la incredulidad: en una palabra, saben lo que es necesario decir para dudar, pero no saben lo bastante para dudar ellos mismos.

DE LA MOLESTIA.

Sermon para el III. Domingo de Quaresma. Tom. X.

fol. 51.

Lo A molestia, no obstante que parece ser propia del Pueblo, se halla mas seguramente entre los Grandes: es como su sombra, que los sigue á todas partes: como ya están para ellos casi agotados los placeres, no hallan en ellos mas que una uniformidad que les es indiferente, ó que los cansa: por mas que varien en estos, no hacen mas que variar de molestia: aunque se dexen vér á la frente de todas las públicas diversiones, esto en ellos es pura obstentacion; pero su corazon casi no tiene parte en ellas: el continuado uso de los deleytes se los ha hecho inútiles: son para ellos unos remedios sin actividad, y que cada dia ván perdiendo mas su fuerza: semejantes á un enfermo, á quien una larga dolencia ha hecho insípidas las viandas, de todo prueban, y nada despierta su apetito: é inmediatamente sucede un fatal disgusto á la vana esperanza del deleyte con que poco antes se habia lisonjeado su alma.

Sermon para el Lunes de la Semana de Pasion.

Tom. VI. fol. 74.

NO hay cosa mas triste para la mayor parte de los hombres que hallarse solos consigo mismos, y examinar su proprio corazon: como estamos dominados de las pasiones vanas, y manchados con amistades pecaminosas; como una infinidad de deseos ileg-

gi-

gítimos ocupan todos los movimientos de nuestro corazon, quando volvemos en nosotros, no hallamos mas que un funesto vacío, remordimientos crueles, pensamientos tristes y reflexiones amargas: buscamos en la variedad de ocupaciones, y en unas distracciones continuas el olvido de nosotros mismos: tememos al tiempo desocupado como señal evidente de molestia: nos parece hallar en el desorden y multitud de cuidados exteriores aquella feliz embriaguéz, que hace que caminemos sin reparar en nosotros, y que no sintamos nuestro proprio peso.

Sermon para el III. Domingo de Quaresma. Tom. X.

fol. 56.

Toda la vida de los Grandes es una continua y molesta precaucion contra la molestia; y al mismo tiempo toda su vida no es mas que una continua y penosa molestia: al mismo tiempo que se dán priesa á multiplicar los placeres, no hacen mas que aumentar los enfados: desde que empiezan á vivir les cansan todas las cosas; y en sus primeros años experimentan ya los disgustos é insipidez que el cansancio y largo uso de las cosas parece reserva en otros para la vejez.

La molestia se halla únicamente en el desorden y en una vida inquieta, en la que nada está en su lugar. Viviendo sin freno somos molestos á nosotros mismos: siempre estamos buscando nuevas ocupaciones, y el disgusto nos hace inmediatamente arrepentir de haberlas buscado: siempre andamos mudando de sitio para huír de nosotros mismos y en todas partes nos hallamos: en una palabra, toda nuestra vida no es mas que una variedad de artificios para huír de la molestia, y un desgraciado talento para hallarla: en donde no hay orden, necesariamente se ha de hallar la molestia; y en vez de servir de remedio la inquietud y el desorden, son

Tomo XI.

Y

por